

Griselda Álvarez: Letanía erótica para la paz

DIONICIO MORALES

En 1963, después de la publicación de sus libros de poesía *Cementerio de pájaros*, 1956; *Dos cantos*, 1959 y *Desierta compañía*, 1961, Griselda Álvarez entrega a la editorial Finisterre –que en aquella época más bien publicaba a los marginados que no tenían cabida en las editoriales controladas por la “mafia”, en la mayoría de los casos pagados por los propios autores–, *Letanía erótica para la paz*, con dibujos magistrales de Elvira Gascón y en una edición, hay que decirlo, década centenaria, no está por demás recordar que si Pitágoras no falla, publicó su primer libro a los cuarenta y tres años, aunque ella escribe de pequeña, quizá porque andaba muy ocupada preparándose para su también brillante carrera política.

Si no estoy equivocado, ahora que *Letanía erótica para la paz* cumple 40 años, no conozco ninguna reedi-



ción y es una lástima porque este poemario ha resistido a su crítico más severo, el tiempo y, con la perspectiva que dan los años, ya podemos verlo como uno de los libros de poesía más trascendentes de Griselda y, sobre todo, considerado dentro de los originales de cuantos han sido escritos por mujeres en México. Quiero aclarar y evitar suspicacias reconociendo que en cuestiones de arte no deben hacerse distinciones entre los sexos para opinar acerca del valor real de una obra haya sido escrita por hombres o mujeres. Con la guerra de Bush –no del pueblo de los Estados Unidos– contra el pueblo de Irak –no contra Hussein– por el petróleo, con la complicidad de los grandes consorcios norteamericanos –que ya se lo están repartiendo–, este largo poema impone de nuevo su vigencia acallada que no perderá nunca.

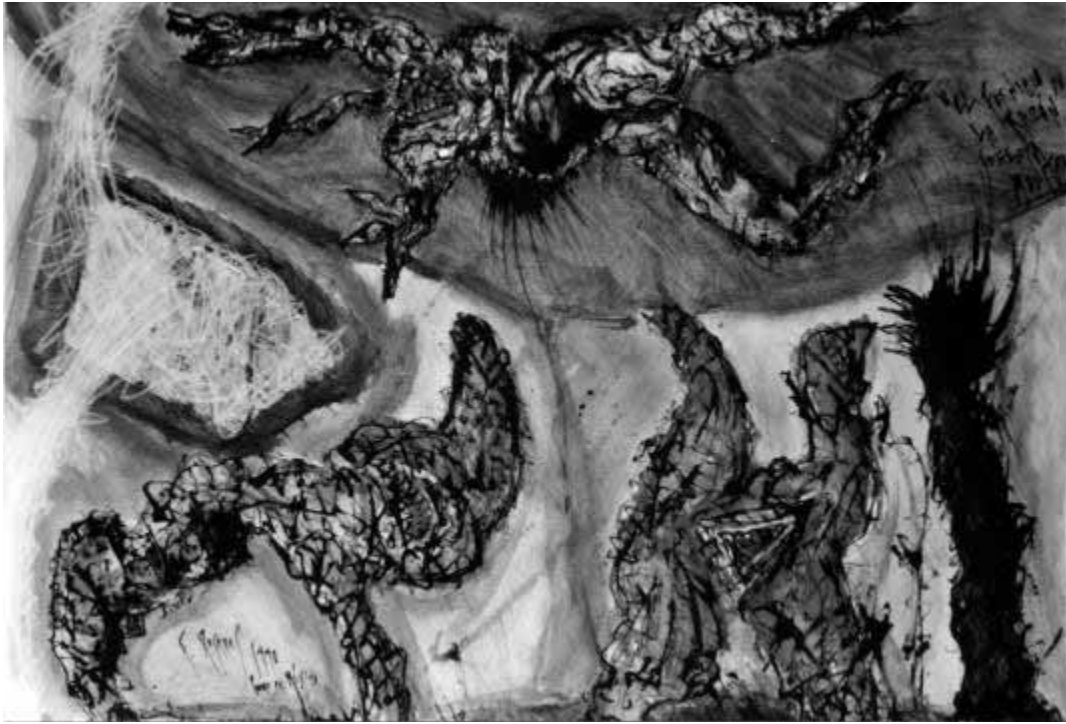
Letanía erótica para la paz es un canto elegíaco –no todos los cantos lo son– dirigido al amado –a todos los hombres– que se remonta al principio del mundo. En versos libres, anchos, de honda respiración la mayoría de ellos, Griselda Álvarez hace nacer al hombre para después, como en la Biblia, nacer a la mujer, pero no de una costilla de Adán sino de su barro todo, de su cuerpo todo, como medida exacta de él, su igual, su semejante –como dice Baudelaire del hipócrita lector del poeta. Los elementos de la naturaleza aparecen poco a poco en el poema, después de una entrada inicial que mucho tiene, aparte de lírico, de épico. Griselda habla del abismo en que vivía el hombre, de su soledad primera, que vivía el hombre, de su soledad primera, iniciática, con estos hermosos versos que dentro de una sensualidad extraordinaria y sugestiva, me atrevía a decir desgarradores, encierran el necesario pero enfermizo deseo del hombre, origen de la vida: Otras veces llevabas tu soledad hasta el crepúsculo/ aquel incendio mudo se te iba para adentro.

La noche era su enemiga por lo que representa arderse, quemarse solo en su propio laberinto existen-

cial. La aparición del pensamiento le confiere al hombre, después de su sexo y de su espíritu, la categoría de ente racional –aunque después la mujer lo convierta a veces en irracional– pero todavía incompleto. De pronto los designios se cumplen, es decir se consuma el encuentro de dos cuerpos ávidos de vida, sedientos de complementarse, de deberse, de saciarse, de matarse. Griselda escribe llena de felicidad y ahíta de todo lo demás: Mi cuerpo te recibe desde el fondo del caos./ Bebo en tus ojos y en tus manos bebo,/ hueles a intensidad como la noche,/ y en este olfato ciego sé que te pertenezco. Aquí empiezan ya los periplos del alma porque las circunnavegaciones de los cuerpos han sido saciadas. Las mariposas blancas empiezan a volar enloquecidas y depositan su espesura en los rincones corporales idóneos.

La soledad del hombre ha desaparecido. Ahora se escucha entre uno y otro verso, en los espacios y silencios formales marcados entre una y otra estrofa, el ronroneo ciego de algo parecido a la felicidad nacido de los interminables desprendimientos mutuos y de los gozosos ayes lastimeros que se empiezan a escuchar en todos los rincones. La letanía no ha perdido su fuerza inicial a pesar de las suavidades febriles y de las conjeturas del alma en la unión y conflagración de estas dos soledades, de estas dos orfandades que han edificado de las ruinas del esplendor primero al hacerse la luz, su universo, en la arquitecturizada fantasía de la primer pareja sobre el mundo.

Griselda Álvarez escribe de este momento en su papel de primera mujer: Acoge mi esplendor y conviértelo en ruinas,/ porque me doy entera como un día de sol,/ porque soy la constante, /porque soy la distinta, para rematar con un verso magistral que sintetiza la filosofía epicúrea que queramos o no todavía alumbra nuestros tiempos acerca de que el fin supremo del hombre es placer, aquí apegado más que a los goces mate-



Felipe Posadas

riales de los sentidos, como señala el filósofo griego, al cultivo del espíritu, es decir a la procreación, que lleva a decir una verdad de a kilo que no todas las mujeres se atreverían a pronunciar y menos a aceptar: Porque en el lecho edificamos la muerte/ al dar la vida.

No se crea que en el poema sólo se habla de los momentos fugaces que celebran y perpetúan la eternidad de los instantes. No. Somos los dos y estamos llenando al mundo, dice Griselda Álvarez, en un verso que no sólo lo podemos escuchar en la boca de una mujer, como escribe Jaime Sabines, que duerme con la mano en su sexo complacida, sino también en los labios de una mujer que enfrenta su realidad transformada por el ayuntamiento deseado que la convierte en otro ser, en la parte del esqueleto, y que conforme transcurre la vida irá posesionándose de su verdadero lugar en el mundo, con todos los sentidos primitivos de su origen abierto a todas las rutas y a todos los espacios, además del sexto sentido que la mujer se ha ganado a pulso a través de la historia.

En Letanía erótica para la paz no todo es un festín de profecías cumplidas. Los inconvenientes que maduran a través del tiempo en las relaciones aparecen. Griselda Álvarez, sin dejar su tono por todo lo alto utilizando en el poema para las alegorías vividas al amparo del amor, con el mismo lirismo y la misma fuerza, entra a los terrenos resbalosos de la poesía cuando escribir sin aires panfletarios, sin lenguaje coloquial intrascendente que evitan las caídas estrepitosas en pos de la demagogia, se trata. Ella sale ilesa. Los nubarrones se han convertido en tormentas y se hacen presentes. Los versos que citaré a continuación conservan la frescura y el valor intrínseco de su aliento social, más cerca del canto que de la simple denuncia. Parecen escritos por Griselda a propósito de la guerra de Bush contra el pueblo de Irak, pero como ya dije, datan de hace cuarenta años:

Alguien pregona la destrucción,
Alguien quiere tragarse la palabra humanidad,
...Dicen que la muerte llueve

y en alambres de púas se clavan las preguntas.

...Una noche animal da al horizonte
en él arden los niños y los hombres arden.

La poeta, luchando entre el frágil equilibrio de dos fuerzas por lo general, al menos en apariencia, irreconciliables, se resiste a que el corazón, –sentimiento–, se imponga a la razón –entendimiento–. Al final logra ordenar el caos y concilia ambos intereses sin demérito de su voz que se ha arraigado en el poema. El dolor ajeno lo hace suyo, acoge dentro de su persona el llanto de las mujeres del mundo en situaciones como ésta que no deberían repetirse y asalta a su única patria, la palabra, descerraja el lenguaje, modula su expresión y entre la desesperación y el horror escribe: Empequeñecidas,/ las madres son gusanos que piden misericordia/ en este breve infierno,/ mientras el aniquilamiento silba como víbora.

A estas alturas del poema uno se cuestiona, pregunta obligada y Dios, ¿Dónde está? Griselda Álvarez se responde llegando a la conclusión de que Dios está cansado. Su rebelión en este sentido es total pero se cree que la fe, quizá en este momento, ya no en Dios sino en la humanidad, ha desaparecido. Al contrario, es la hora de volver los ojos hacia el principio del mundo, al inicio del poema, a la primera pareja que empezó a poblar el mundo: es el regreso al origen.

La letanía vuelve a hacerse presente en el poema con mayor insistencia porque se prepara el último do de pecho poético. Aquí debemos recordar que estas repeticiones en poesía las heredamos de los poetas primitivos de todas las lenguas, pero en el caso de Griselda ¿por qué no emparentarla, particularmente, con nuestra poesía prehispánica?

Somos la pareja que aquella tarde doblegó a la hierba.
Somos la que hizo sangrar olor a la tierra,
La que piensa que un hijo es la propia dimensión,
La que comprende que el amor es una conversación
Sostenida.

La que muerde la angustia frente al hijo muerto.

...La pareja que camina a tientas para encontrarse siempre, porque ciñe en su abrazo universal el límite del tiempo.

Letanía erótica para la paz, de Griselda Álvarez, es un poema redondo, con una estructura formal que no decae porque el sentimiento y la razón siempre van de la mano, es decir equidistantes para un mejor entendimiento de sus energías particulares. Ella sabe en qué momento, en caso de ser necesario, debe imponerse una obra a la otra. Insertado dentro del lirismo pero nada lejano de la época moderna, ya lo dijo, este poema es la entrada de su autora a la poesía de aliento social por la puerta grande y, sobre todo, su aterrizaje a la poesía amorosa, sensual, erótica, que escribirá años más tarde. Novalis escribió que toda palabra es un conjuro. Ese espíritu al que se llama, aparece. Eso le sucedió a Griselda Álvarez con este poema.



Benavides 92

María Emilia Benavides